

avanzó, llevando la division Ruffin á la derecha, la de Villatte en el centro, la de Lapisse en la izquierda, y á la Latour-Maubourg de flaqueador, y envió á decir al rey José mandara le apoyasen el cuerpo del general Sebastiani y la reserva. Bien familiarizado con los sitios, que habia recorrido muchas veces, lisonjeábase, si le favorecian las circunstancias, y le apoyaban á tiempo, tomar la posicion por medio de un simple golpe de mano.

Las tropas atravesaron el Alberche en columna cerrada con el agua hasta medio cuerpo, y penetraron con impetu en el bosque. La division Lapisse, que estaba á la izquierda del mariscal Victor, se travó cerca de Casa de las Salinas con la brigada Mackenzie, que formaba la retaguardia inglesa, y empezó á tiros con ella. El 46.º de lieros estrechaba de cerca á los ingleses, y donde lo permitia el terreno, les acometia vivamente, hasta que en un claro favorable para poder desplegarse las tropas, el general Claudron-Rousseau mandó dar una carga á la bayoneta. Los valientes soldados del 46.º, deseosos de probar que lo mismo temian á un ejército sólido y regular que á las no aguerridas tropas de los españoles, se lanzaron de pronto sobre los dos regimientos ingleses (el 34.º y el 87.º) que les oponian, los desbarataron, y les causaron una pérdida de consideracion. Los ingleses cayeron precipitadamente sobre el grueso de su ejército, que habia tomado posiciones, segun acabamos de decir, cerca de Talavera, entre el Tajo y los montes. El mariscal Victor queria seguirlos, pero era preciso esperar á la division Villatte que acababa de pasar el Alberche; era preciso esperar tambien á la caballería y á la ar-

tillería que no habian pasado aun; y sobre todo, era menester se reuniese con todos ellos el cuerpo del general Sebastiani, que se hallaba atrás todavía. Si en vez de un rey animoso, pero sin experiencia y obligado á consultar con un mariscal anciano, hubiera dirigido el ejército un verdadero general en jefe, que hubiese ido personalmente á la cabeza de su vanguardia á reconocer los sitios, y tomar sus resoluciones á tiempo, se hubiera apresurado á atravesar el Alberche en masa, y aprovechándose del descabro de los ingleses, así como de la confusion con que se retiraban los españoles, quizás se hubieran tomado la posicion del enemigo; pero cada cual seguia su propia direccion, ó esperaba órdenes que no llegaban sino cuando ya estaba dado el golpe, y despues de largas consultas.

Con todo, es preciso reconocer, que era algo tarde para coronar la jornada con un acto tan decisivo, pues el mismo mariscal Victor no llegó al frente de la posicion de los ingleses hasta cerca del anochecer. Al salir del bosque de encinas (1) y olivos que se encontraba mas alta del Alberche, se presentaba una especie de meseta, desde la que se divisaba claramente la posicion de los ingleses. Habia, como hemos dicho, una porcion de cerros, el mas alto de los cuales se mostraba á nuestra derecha cubierto de tropas inglesas y de artillería, y los otros disminuyendo hacia Talavera se veian á nuestra izquierda cubiertos igualmente de tropas y de artillería, pertenecientes al ejército español. En el centro de aquella posicion existia

(1) No eran encinas sino moreras.

un gran reducto, erizado de cañones, y custodiado por las tropas de las dos naciones. Mas á lo lejos y á nuestra izquierda, se estendian hasta Talavera y la orilla del Tajo bosquecillos de encinas y olivos, unos derribos y varios cercados, los cuales servian de apoyo al valor del ejército español, que no brillaba, segun hemos dicho muchas veces, sino cuando encontraba amparo en la calidad del terreno (1). Habia alli veinte y cinco ó veinte y seis mil ingleses, treinta y tantos mil españoles, y ademas la division Wilson, á la cual se distinguia á la derecha en los montes dirigiéndose presurosa á reunirse con el ejército principal. Ibamos, pues, á combatir contra sesenta y cinco ó sesenta y seis mil enemigos con cuarenta y cinco mil soldados que nosotros llevábamos (2), pero excelentes, de suerte que suplían la inferioridad del número con su mejor calidad. Lo importante era pelear bien, y no comprometer torpemente su valor, tan firme como fogoso.

Ademas de ser fuerte la posicion de los ingleses y españoles, estaba en relacion con su principal cualidad, que consistia en resistir bien en un puesto defensivo. Para embestirles era preciso atravesar un barranco bastante hondo que los separaba de la meseta á la que nosotros habíamos ido á parar saliendo del bosque, y luego trepar

(1) Esta es una opinion aventurada, desmentida por los hechos.

(N. del T.)

(2) El ejército combinado no llegaba á sesenta mil hombres, y el de los franceses ascendia á cincuenta mil.

(Id.)

bajo el fuego á una cordillera de escarpados cerros. Sin embargo, podia darse la vuelta á esa cordillera por nuestra derecha, gracias á una circunstancia hija del terreno, que se hubiera podido aprovechar con ventaja. Efectivamente, el cerro mas cercano á la posicion de los ingleses, estaba separado por una estensa cañada de la cordillera de montes que rodea el valle del Tajo, y bajando al barranco de que acabamos de hablar, se podia marchar en derechura al enemigo, subir luego á la derecha para introducirse en el valle, y dar la vuelta al cerro que formaba el extremo de la posicion del enemigo, y donde estaba acampada la division Hill. Habia sido preciso llevar allí una porcion considerable de las fuerzas francesas sin que los ingleses lo echasen de ver, y en seguida atacar con decision su línea de frente y por el lado opuesto, siendo probable que con este conjunto de disposiciones se hubiese tomado, como van á convencerse nuestros lectores bien pronto.

El mariscal Victor, que habia notado gran confusion en la retirada de las tropas enemigas, se imaginó que con un ataque de pronto, dado á la caida de la tarde, tomaria el cerro que estaba á nuestra derecha, que dueño de este punto, no podrían sostenerse los ingleses, y que á él solo le cabria la honra de ganar la batalla. Con un general en jefe que hubiera mandado con autoridad y vigor, de seguro no se habria tomado esa resolucion espontanea, resultado de un celo excesivo y de un valor estremado. No se hubiera empezado sin que él lo supiese por un ala y á una hora tan avanzada una gran batalla, sin que él hubiese arreglado el momento y la manera de darla, y sobre

todo, sin haber decidido si era ó no preciso que se diese.

El mariscal Victor, arrastrado por su denuedo é ignorando con qué tropas tenia que habérselas, lanzó la division Ruffin hacia el cerro entre nueve y diez de la noche. Dicha division, una de las mejores del ejército grande, se componia de tres regimientos cabales, el 9.º de lijeros y los 24.º y 96.º de línea, siendo sus gefes dos oficiales de mucho mérito, el general de division Ruffin, y el general de brigada Barrois. El mariscal Victor mandó el 9.º de lijeros que atacase de frente el cerro principal que se alzaba delante de nosotros, al 24.º que diese la vuelta desembocando á la derecha por el valle que nos separaba de los montes, y al 96.º que se dirigiese á la izquierda para apoyar directamente al 9.º. El mariscal conservó las divisiones Villatte y Lapisse de reserva á fin de imponer respeto al enemigo hacia la izquierda. La artillería asestada en la meseta hubiera podido obrar contra los ingleses disparando por encima del barranco; pero con la oscuridad se temió hacer fuego sobre los nuestros, y se la dejó quieta.

Nuestras tropas se adelantaron con resolucion aunque á oscuras hacia el punto señalado. El 9.º de lijeros que se habia puesto en marcha primero que los otros dos, bajó de la meseta al barranco, y embistió de frente al cerro que se trataba de tomar. Habiendo notado los ingleses este movimiento, rompieron un fuego mortífero, aunque dirigido en las tinieblas, sobre nuestros valientes soldados, pero no lograron detenerlos. Estos subieron las cuestras de la posicion, rechazando á la bayoneta la primera línea que se les puso delante, y siempre

bajo el fuego contrario, llegaron hasta la cima. Ya habian tocado algunas compañías del 9.º de lijeros á la cumbre del cerro, y hasta se habian apoderado de algunos ingleses, cuando al ver el general Hill que aquellos atrevidos soldados no tenían apoyo ni por la derecha ni por la izquierda, dirigió contra su flanco parte de sus tropas, y los paró en su triunfo. Atacado el 9.º de frente y por la izquierda, tuvo que retroceder, dejando en la cima del cerro un buen número de muertos y heridos. Causó este descalabro el haberse retardado el 96.º, cuyo regimiento, habiendo encontrado en el fondo del barranco obstáculos imprevistos, invirtió en atravesarle mas tiempo que el que se habia supuesto, y la tardanza tambien del 24.º, que penetró á la derecha en la cañada y se extravió en ella. Al llegar al terreno del combate esos dos regimientos, encontraron al 9.º de lijeros en retirada, pero no en derrota, y conservando bajo el fuego de los ingleses una serenidad imperturbable. Por lo demas, habia perdido trescientos hombres en aquella tentativa abortada, saliendo herido de tres balazos su coronel Meunier. Victor creyó que no debia llevar mas lejos aquella refriega nocturna, y pensó que convenia dar algun descanso á unas tropas, que habiendo salido de Santa Oialla á las dos de la madrugada, peleaban cerca de Talavera á las diez de la noche. Los nuestros acamparon en el mismo sitio donde se hallaban, en la meseta situada en frente de los ingleses. En la izquierda la caballería enlazaba las tropas del mariscal Victor con las del general Sebastiani y de la reserva, que al fin habian pasado el Alberche, y se habian desplegado frente al centro del enemigo. Los dragones de Mil-

haud observaban en la extrema izquierda el camino real de Talavera, donde empujados vivamente los españoles por nuestra caballería, se hallaban en una confusión extraordinaria, tomando posiciones como podían. Sumamente azorados, creyeron que les atacábamos al oír los tiros de fusilería de la división Ruffin, y se pusieron á disparar en la oscuridad, sin saber ni contra quien ni por qué (1). Así es que á la mañana siguiente sostuvieron habian tenido que rechazar la noche anterior un ataque violento; y lo mas imperdonable es que los ingleses situados tambien en aquella parte repitieron esta falsedad (2).

El dia 28, dia memorable en nuestras guerras de España, formando empeño el mariscal Victor en reparar el descalabro accidental de la vispera, quiso entrar en accion al amanecer, no dudando se apoderaria del cerro cuando se ejecutase el ataque con la homogeneidad conveniente. Al recorrer el

(1) Una alarma falsa fué la causa de ese fuego que cesó á poco tiempo.

(N. del T.)

(2) El segundo ataque que Thiers desmiente con tanta seguridad lo dió el general Lapisse contra una división inglesa, habiendo sido rechazado como el primero. Hubo pues, dos ataques, el de Ruffin, dado, no á las diez de la noche, sino al oscurecer, y el de Lapisse, ya bien entrada la noche. Y si no, ¿cómo es que habiendo resuelto el mariscal Victor, segun cuenta el mismo Thiers, emprender la accion á la caída de la tarde (*chute du jour*), no lo verificó hasta entre nueve y diez de la noche? ¿Por qué no lo dice Thiers? Sus mismas palabras están, pues, en contradiccion con los hechos, y no sabemos por qué niega una cosa ajustada á su misma narracion.

(Id.)

terreno á caballo, viendo que el ejército inglés estaba situado en la porcion de cerros, el principal de los cuales se habia atacado, y el ejército español detrás de los cercados, los escombros y los bosques, se persuadió de nuevo que tomando el cerro que estaba situado frente por frente á nuestra derecha, arrancando en cierto modo de su posición el ejército combinado, seria arrollado sobre Talavera, y probablemente precipitado en el Tajo. Resolvió, pues, atacar inmediatamente y con todo vigor, mandando decir al rey José dirigiese sin tardanza hácia el centro del enemigo las tropas del general Sebastiani y de la reserva, á fin de que los ingleses no se arrojasen en masa sobre él, mientras estuviese ocupado contra el extremo de su línea.

Tomando tambien espontáneamente esta atrevida resolución, quiso proporcionar á la división Ruffin la ocasion de que se desquitara del no triunfo de la vispera, y le mandó cayera sobre el cerro con sus tres regimientos á un tiempo. En seguida situó la división Villatte de reserva detrás, y encargó á la división Lapisse con los dragones de Latour-Maubourg fingiese en la izquierda un movimiento sobre el centro de los enemigos. Empero no bastaba un ataque fingido si se queria impedirles que se arrojaran en masa sobre la división Ruffin.

Esa valiente división púsose en movimiento efectivamente al amanecer introduciendo solo un cambio en el orden de marcha. El 9.º, diezado ya en la primera tentativa, debia atacar á la derecha por la cañada; el 24.º que no habia llegado á entrar en lucha con el enemigo, debia atacar en el

centro y de frente, y el 96.º á la izquierda como la vispera. Estos tres regimientos bajaron al barranco, lo atravesaron bajo el fuego de toda la division Hill con una firmeza que causó admiracion al ejército inglés, subieron las primeras cuestas, y llegaron al terreno que formaba el primer piso, digamoslo así, de aquel cerro, oponiendo á los disparos de fusil y á la metralla una sangre fría incomparable. Sir Arturo Wellesley, que estaba colocado en medio de su ejército y se portaba como un verdadero general, conoció claramente que la division Lapisse, formada á la izquierda de la de Ruffin, no se hallaba á tiro de poder obrar, y mucho menos el resto del ejército francés. Cuidando entonces de lo que mas urgía, dirigió parte de su centro, compuesto de las tropas del general Sherbrooke, sobre la division Ruffin, y tratada ésta en aquel momento como lo habia sido el 9.º por la noche, es decir, cogida por el flanco, mientras sufría de frente un fuego terrible, se vió obligada á retroceder. Retrogradó lentamente, quitando á los ingleses el valor de que la persiguieran; pero pagó con una pérdida enorme su atrevido ataque, y su brillante retirada. Cerca de quinientos hombres por cada regimiento, ó lo que es lo mismo, mil quinientos por toda la division, quedaron tendidos en las gradas de aquel cerro fatal, contra el que habian ido á estrellarse dos ataques sucesivos ejecutados con extraordinario heroismo.

El mariscal Victor, que no habia escaseado su presencia en los sitios de peligro, conoció que contra semejantes tropas no se tomaba una posicion por asalto. No desanimandose, sin embargo, y teniendo fé en la victoria, dejó el ataque decisivo pa-

ra cuando pudiera obrar todo el ejército francés. Eran las diez de la mañana, cuando acudió José á donde se hallaba el primer cuerpo, para desempeñar al fin su papel de comandante en jefe, y deliberó con el mariscal Jourdan, el mariscal Victor y el general Sebastiani acerca del partido que se debia tomar. Antes de decidir cómo se atacaria, era preciso saber primero que nada, si se atacaria, es decir, si se daría la batalla: esta era la primera cuestion que habia que resolver, y en la que se dividieron los gefes. El mariscal Jourdan con su gran esperiencia se pronunció contra la idea de combatir, dando, para fundar su opinion, razones excelentes. Segun él, se habia frustrado la ocasion de tomar las posiciones del enemigo, que acababa de reconocer, y cuyos lados fuertes y endebles sabia ahora. Para tomarlas se debió, cuando todavía ignoraban los ingleses el verdadero punto de ataque, haber dirigido la noche anterior á la cañada una parte considerable del ejército francés, conservando el resto en línea para encubrir este movimiento, atacar luego de pronto, con vigor y homogeneidad, el cerro principal antes que el enemigo pudiera llevar allí suficientes medios de defensa, y tomado el cerro, arrollar el ejército combinado hacia Talavera y el Tajo, donde se le hubiera podido hacer sufrir un verdadero desastre. Ya no era tiempo de obrar de este modo, pues, sir Arturo Wellesley estaba advertido con las dos tentativas hechas, del verdadero punto de ataque, era de día y se notaria cualquier movimiento, y porque el general enemigo no dejaria de llevar á la izquierda tantas tropas como nosotros á la derecha; además que ejecutando este cambio de frente, no teniamos para retirarnos en caso de

ser derrotados, sino los caminos intransitables que conducen á Avila, y de ser necesario emprender la retirada, no podriamos verificarla sino sacrificando la artillería y los equipages del ejército. En semejante estado de cosas, era dudoso el ataque de frente, y el de costado demasiado tardío á mas de peligroso para la retirada, siendo preciso por lo tanto contemporizar, replegarse detrás del Alberche, escoger allí una posicion defensiva, y esperar á que el mariscal Soult con sus tres cuerpos reunidos fuese á desembocar á retaguardia del ejército anglo-español.

Lleno de ardor el mariscal Victor, descoso de desquitarse de las dos infructuosas tentativas de la vispera y de aquella mañana, y confiando en la energia de sus tropas, sostuvo que sus ataques no habian tenido resultado por falta de apoyo hácia el centro, y que si el cuarto cuerpo, esto es, el del general Sebastiani, se dirigia seguido de la reserva contra el centro del ejército inglés, se comprometia solo con su cuerpo á apoderarse del cerro que era la llave de la posicion. Repitio varias veces que seria preciso renunciar á la guerra si con tropas como las suyas, no tomaba la posicion del enemigo; y José, colocado entre la fria prudencia del mariscal Jourdan, y la fogosidad entusiasta del mariscal Victor, vacilaba sin saber qué partido tomar, cuando llegó una carta del mariscal Soult anunciando que á pesar de lo que habia prometido, no podia estar hasta el 3 de agosto sobre la retaguardia de los ingleses. Sin embargo, el cuerpo del mariscal Mortier estaba el 26 en Salamanca, el del mariscal Soult, se hallaba el mismo dia, la mitad en Salamanca y la otra mitad en Toro, y al parecer nada debía im-

pedirle estar el 29 ó el 30 en Plasencia con treinta y ocho ó cuarenta mil hombres. Sea como quiera, estábamos á 28, y habia que esperar seis dias la aparicion del mariscal Soult: ¿se podria durante esos seis dias hacer frente á sir Arturo Wellesley y á don Gregorio de la Cuesta por un lado, y por otro á Venegas, cuando éste amenazaba ya á Toledo y Aranjuez? Estas consideraciones y el ardor que sentia Victor por combatir, hicieron se inclinase la balanza en favor del proyecto de dar la batalla, y se decidió atacar inmediatamente.

Al momento se tomaron las disposiciones, conviniéndose en que el ataque fuese simultáneo de nuestra derecha á nuestra izquierda, á fin de que teniendo el enemigo que defenderse por todas partes, no pudiera llevar refuerzos á ningun punto. El mariscal Victor debia proceder de otro modo que la vispera, y aquella mañana, pues, en vez de trepar directamente al cerro, la division Ruffin penetraria á la deshilada en la cañada que separaba de los montes la posicion del enemigo, iria por el fondo de esa misma cañada á donde principiaba á presentarse el inglés Wilson, y no escalaría el cerro sino cuando hubiese rebasado de él completamente. Durante este tiempo, la division Villatte tendria una de sus dos brigadas al pie del cerro para amenazarle y retener en él á los ingleses, y la otra en la cañada para proteger allí á Ruffin contra caballeria en masa que se divisaba á lo lejos. En cuanto á la division Lapisse, formando la izquierda de Victor, debia, de consuno con el cuerpo del general Sebastiani, atacar el centro de un modo vigoroso, para atraer allí las mayores fuerzas del enemigo. Cuando este ataque en el centro hubiera pro-

ducido su efecto, y la division Ruffin ganado bastante terreno en la cañada hácia la izquierda de los ingleses, entonces, decimos, debia el general Villatte acometer de frente con sus dos brigadas al cerro, como ya lo habia intentado la division Ruffin, siendo de esperar que si se obraba de esta manera tendria buen éxito el ataque. Los dragones de Latour-Maubourg, con la caballeria lijera del general Merlin, debian dirigirse á la derecha, y seguir á la division Ruffin á la cañada en que parecia, segun acabamos de decir, mucha caballeria inglesa y española. Los dragones de Milhaud estaban destinados á obrar hácia el fin de la izquierda, y á ocupar á los españoles por el lado de Talavera. La reserva de José, situada detras en el centro, tenia obligacion de socorrer á los que lo necesitasen; y por último, la artilleria del mariscal Victor, establecida en la meseta frente por frente á la posicion de los ingleses, debia cubrirlos de proyectiles, disparando por encima del barranco. Con estas disposiciones, ejecutándolas bien, era de esperar fuese nuestro el éxito del combate.

Trasmitidas y recibidas con presteza las órdenes del estado mayor, gracias á la poca estension del campo de batalla, no se principió, sin embargo, á ponerlas en ejecucion hasta las dos de la tarde, á causa de los muchos movimientos de tropas que era preciso verificar. La division Ruffin, bajando á la cañada por un portillo, volvió á subir en columna cerrada sobre el flanco de los ingleses, mientras las dos brigadas del general Villatte, bajando al barranco que nos separaba del enemigo, y haciendo frente una á la cañada, y la otra al cerro, estaban dispuestas á reunirse á Ruffin, ó á vol-

verse para atacar la oposicion disputada con tanta obstinacion desde la vispera. Durante este tiempo, tirando por cima del barranco la artilleria dirigida por el coronel de Aboville, cubria de fuego á los ingleses, y en fin, la division Lapisse se preparaba á caer sobre el centro de la linea, y el cuerpo del general Sebastiani se ponía en movimiento para tomar el reducto en que se juntaban los dos ejércitos combinados; pero mientras se ejecutaban estos movimientos con uniformidad, introdujo en ellos algun desorden un contratiempo. La division alemana Leval que del cuerpo del mariscal Victor habia pasado hácia algunos dias al del general Sebastiani, se hallaba situada á la izquierda de este último, para flanquearle en union con los dragones de Milhaud, en caso de que los españoles quisieran desembocar por Talavera. Teniendo orden de mantenerse á la altura del general Sebastiani, y no distinguiendo bien su puesto por entre los bosques de olivos y encinas que cubrian el terreno, se encontró de repente bajo el fuego del reducto del centro, acometida á la derecha por los ingleses, y á la izquierda por la caballeria española. Los alemanes, formados en cuadro, recibieron á esa caballeria con un fuego á boca de jarro y la dispersaron. En seguida marcharon adelante, y habiendo dejado atras en su movimiento ofensivo á un regimiento inglés que los atacaba por la derecha, lo envolvieron é iban hacerlo prisionero, cuando fué muerto de un balazo el general de Porbeck que mandaba las tropas badeuses. Merced á este contratiempo, tuvieron tiempo los ingleses de rehacerse, retroceder y salvarse.

Al ver aquella accion prematura el estado ma-

yor de José, quiso detener á los alemanes temiendo que engolfados en la lucha demasiado pronto, hicieran falta mas tarde hácia el flanco de la division Sebastiani, y mandó al general Leval que se retirase. Mas hubiera valido proseguir vigorosamente ese ataque, usando de la reserva si los españoles aparecian de pronto sobre el flanco del general Sebastiani, que retroceder en presencia del enemigo. Sea como quiera, se llevó atrás á la division Leval, pero en medio de los olivos costó trabajo conducir la artillería cuyos caballos había matado el fuego del reducto, y abandonamos ocho piezas que el enemigo convirtió mas tarde en motivo de trofeo.

Despues de haber remediado de este modo como se pudo aquel contratiempo, avanzaron los generales Sebastiani y Lapisse, dirigiéndose adelante. El último, á la cabeza del 46.º de lijeros y el 45.º de línea desplegados en batalla, y seguido del 8.º y el 51.º de línea en columna cerrada, embistió á las alturas que flanqueaban el cerro principal enlazándolo con el llano de Talavera, y á pesar del fuego de los ingleses, ganó terreno. El general Sebastiani con su brillante division francesa, compuesta de cuatro regimientos, atacó á la izquierda del general Lapisse. Los ingleses se arrojaron sobre él con furia, pero su brigada de la derecha, mandada por el general Rey, y compuesta de los regimientos 28.º y 32.º, les hizo frente, y los rechazó. La brigada de la izquierda, mandada por el general Belair, se vió acometida á un tiempo por los españoles y por los ingleses, pero se mostró no menos firme que la del general Rey, y como ella hizo frente á una multitud de enemigos. El 75.º y el

58.º contuvieron las cargas de la caballería española, mientras los alemanes de Leval avanzaban de nuevo formados en varios cuadros, y por aquel lado lo mismo que por el de la division Lapisse, se ganaba lentamente terreno. Mientras esto sucedia en la izquierda y en el centro, en la derecha frente al famoso cerro, continuando el fuego la artillería por cima del barranco, causaba un daño mortífero en la division Hill, el general Villatte aguardaba en el fondo del barranco la señal de ataque, y la division Ruffin caminaba en la cañada hacia la izquierda de los ingleses. En aquel momento la caballería portuguesa de Alburquerque, unida á la inglesa, quiso interceptar el camino de la cañada á la division Ruffin, y se dirigió sobre ella a galope. Esta division, al ver venir la carga, se alineó para dejarla pasar, y la caballería anglo-portuguesa, lanzada á escape, recibió de este modo el fuego de Ruffin y de Villatte. Parte volvió atrás; pero el 13.º de dragones ingleses, arrebatado por sus caballos, no pudo regresar. La brigada de caballería lijera del general Strolz, maniobrando con habilidad, esperó á que hubiera pasado, luego se arrojó en pos de él, y le cargó por el flanco y por la cola, mientras los lanceros polacos y los soldados de lijeros de á caballo wesfalenses le atacaban de frente. Aquel malhadado regimiento, envuelto por todas partes, fué acuchillado ó hecho prisionero.

Tal era el estado de las cosas hácia nuestra derecha, cuando en el centro el general Lapisse que guiaba su division personalmente, y se habia encaramado á las alturas ocupadas por el enemigo, á la cabeza del 46.º de lijeros, cayó muerto de un ba-



lazo. Su muerte produjo una especie de conmocion en su division, la cual, cargada al punto por las tropas de Sherbrooke, se hizo atrás. Sabedor el mariscal Victor de aquel contratiempo, partió á galope, y fué bajo el fuego á ordenar sus tropas, volviéndolas a colocar en linea; pero insistiendo el enemigo para conservar aquella primera ventaja, cayó en masa sobre la division Lapisse. En el mismo instante el cuerpo del general Sebastiani, descubierta con el movimiento retrógrado de la division Lapisse, se vió acometido vivamente por su derecha; pero el 28.º y el 32.º, portandose con su acostumbrado valor, se mantuvieron firmes á las órdenes del general Rey, y solo cedieron el terreno preciso para volver a colocarse en linea con las tropas que acababan de retroceder.

Aquel era el momento á propósito para redoblar la energía, llevar la reserva en auxilio de las divisiones Lapisse y Sebastiani y lanzar al fin las dos brigadas del general Villatte sobre el cerro que Ruffin habia conseguido dejar atrás. Efectivamente, todo hacia ver que iba a ser nuestra la victoria, pues metrallados los ingleses por nuestras baterías de la meseta, parecían como turbados, su artillería desmontada, y casi apagado su fuego (1). Un

(1) Es cierto, hubo un momento en que estuvo comprometida la suerte de la batalla, pero un heroico esfuerzo de la caballería inglesa, y los acertados disparos de la artillería anglo-española, hicieron se rehiciesen los cuerpos ingleses que habian empezado á retroceder. Desde entonces, acometidos vivamente los franceses principiaron á ceder terreno, hasta refugiarse, protegidos por su artillería, á la posición que ocupaban desde antes de empezarse la acción.

(N. del T.)

esfuerzo simultáneo y vigoroso intentado entouces, debía vencer su tenacidad ordinaria; pero José, que, aunque se habia dejado llevar del ardor del mariscal Victor, conocia el valor de las reflexiones del mariscal Jourdan, viendo estaba el dia muy adelantado, y la victoria dudosa todavía, quiso suspender la acción, sin perjuicio de volver á empezar á la mañana siguiente. De seguro no habia porque desanimarse, pues iba á alcanzar el triunfo; pero como ni estaba acostumbrado á pelear, ni tenia la tenacidad que se necesita en un campo de batalla, mandó suspender el ataque. Eran las cinco poco mas ó menos, y en el mes de julio se podia contar aun con algunas horas de dia para terminar la batalla, de suerte que acudió al instante Victor, haciendo valer la certeza del triunfo si Ruffin, que habia penetrado en la cañada a la altura conveniente, atacaba á los ingleses por detrás, mientras Villatte los atacaba de frente. Alegó ademas la conmocion que se notaba en el enemigo, y todas las razones que habia para llevar á cabo la jornada, oponiendo á sir Arturo Wellesley una constancia igual á la suya. Movido José de estas razones, iba á dejarse llevar del dictamen del mariscal Victor, cuando fueron a decirle algunos oficiales que destacamentos de tropas españolas subian por las orillas del Tajo con direccion segun parecia al Alberche: al mismo tiempo llegaron a toda prisa otros oficiales procedentes de Toledo con la alarmante noticia de haberse presentado Venegas delante de Aranjuez y Madrid. El caracter indeciso de José no resistió al doble efecto de estas comunicaciones: temió le cogieran la vuelta, y confirmado en su aprension por el ma-

mariscal Jourdan, que criticaba la batalla, envió á decir al mariscal Victor que se retirase, é indicó al general Sebastiani el momento preciso de su retirada para que éste verificara la suya simultáneamente.

No atreviéndose Victor á desobedecer aquella vez, mandó al general Sebastiani tocarse retirada á eso de medja noche, pero reiteró sus instancias á José para que le autorizara á continuar la batalla al dia siguiente. José pasó parte de la noche entregado á crueles dudas, rodeado de oficiales que decian, unos que nos habia tomado la delantera el enemigo por derecha é izquierda, y otros al contrario que los ingleses permanecian inmóviles en su posicion sin poder dar un paso adelante. Colocado de esta suerte entre el temor de que le cogieran la vuelta si perseveraba en combatir, y el que le acusaran de debilidad á los ojos del emperador, si mandaba emprender la retirada, supo de pronto que el ejército dejaba sus posiciones, con lo cual fueron los acontecimientos que él no conducia á sacarle de su irresolucion. Efectivamente, habiendo recibido el general Sebastiani el aviso que Victor le dió por obedecer, dedujo de él que debía replegarse, y se replegó en efecto. El mariscal Victor por su parte, que hubiera querido permanecer en posicion para volver á empezar el combate á la mañana siguiente, al ver que Sebastiani se retiraba, acabó por retrogradar tambien, y el 29 al amanecer todo el ejército estaba en movimiento para repasar el Alberche. Así, pues, la casualidad dió principio á aquella batalla, y la casualidad la concluyó (1). A mayor abundamien-

(1) La órden de retirada espedida casi sin motivo, y

to, nuestro ejército pasó el Alberche sin ser perseguido, y llevandose consigo todos sus heridos, todos sus bagages y toda su artillería, excepto las ocho piezas que la division Leval dejó en un olivar (1). Los ingleses, teniendo á suerte el haberse librado de nosotros, se hubieran guardado muy bien de perseguirnos, pues habian tenido varios generales muertos ó heridos, y de siete á ocho mil hombres fuera de combate, cinco mil de los cuales eran de sus tropas, y el resto de los españoles, siendo nuestra artillería la que principalmente

que el mariscal Victor no comunicó al general Sebastiani sino por obedecer, pero con la esperanza de que seria revocada, fué motivo de disputa entre el rey José y el mismo Victor. Yo he leído las Memorias de uno y otro dirigidas al emperador, juez de todos ellos, y comparándolas imparcialmente, he extractado los pormenores que refiero aquí. He creído que debía reunir los documentos de ese proceso singular, y por lo estensos que son, los dejo para la conclusion de este tomo, á fin de dar una idea del caos de voluntades que habia donde no estaba Napoleon. Con eso se verá tambien que al pintar las pasiones de la época, estoy muy lejos de asociarme á ellas y de reproducir su lenguaje.

(1) Los que ocultaron á Napoleon la pérdida de su artillería, como mas adelante verán nuestros lectores, naturalmente rebajarian tambien en sus partes y escritos el número de piezas. Las que los franceses dejaron en el campo de Talavera, fueron diez y seis ó diez y siete, de algunas de las cuales se apoderó el ejército combinado en el olivar de que habla Thiers, no porque no pudieran los franceses sacarlas, como refiere mas atrás, sino porque la caballería española se las quitó, atropellando á las tropas que las protegian. Las demas, cayeron despues en poder del ejército anglo-español.

(N. del T.)

hizo ese destrozo en sus filas. No fué menor nuestra pérdida, pues tuvimos seis mil heridos y unos mil muertos, figurando entre estos últimos el general Lapisse, militar dignísimo, y varios otros generales y coroneles, también muertos ó heridos.

Indudablemente se hubiera ganado la batalla que quedó indecisa (1), si el mariscal Victor no

(1) No estamos conformes con el autor, á quien ofusca sin duda el amor patrio, pues á pesar de que se muestra en su obra tan injusto con los españoles, no queremos hacerle el agravio de suponer preside siempre el espíritu de parcialidad en sus juicios. Si se entiende por batalla perdida, como al parecer quiere Thiers, aquella en que queda completamente derrotado un ejército, y los soldados que no mueren ó caen heridos huyen desbandados, ni se ganó ni se perdió la de Talavera; pero si como dicta la razón y enseñan los buenos principios militares, se pierde una acción de armas cuando uno de los dos ejércitos combatientes no logra el intento que se propone al atacar, deja en el campo mucha gente, sale de él sin una gran parte de la artillería, y abandona sus posiciones cuando retirada de noche, puede y debe decirse que ha sido vencido. Y si el ejército derrotado consta de cerca de cincuenta mil hombres agueridos contra unos veinte y dos mil, (Thiers dice que aunque el ejército anglo-hispano se componía de sesenta mil hombres, sola una tercera parte eran verdaderos soldados, sirviendo los otros mas que de utilidad de estorbo); si las posiciones que ataca una y otra vez están muy lejos de ser insuperables, pues ya hemos manifestado en otra nota que solo había un reducido por concluir, con doble mayor motivo es perdida la batalla. Lo mas que podrá decirse es que los franceses se batieron en Talavera con su fogosidad acostumbrada, que dieron muestras de valor, que mataron mucha gente á los españoles, ingleses y portugueses, y que se retira-

hubiese atacado intempestivamente y en solo un punto, lo mismo la víspera que aquella mañana; si cuando el ataque parcial se convirtió en general, se hubiera dado tiempo á que la derecha secundara la acción de la izquierda; si no se hubieran retirado demasiado pronto nuestras tropas; si no se hubiese terminado la acción como empezó, esto es á la aventura; si en todo, por último, no hubiese reinado la confusión, por no entenderse y por falta de voluntad. La batalla de Talavera es una de las mas importantes é instructivas de la guerra de España, pues ofrece por si sola una imagen completa de lo que pasaba en aquel país, donde se veía á soldados heroicos perder los frutos de su heroismo por falta de dirección. Si el rey José y el mariscal Jourdan se hubiesen dejado llevar únicamente de lo que les dictaba al uno su buen criterio y al otro su experiencia, de seguro hubieran obrado mucho mejor que no colocados por una parte entre generales insubordinados, y por otra la autoridad demasiado lejana de Napoleón; entre una desobediencia que desconcertaba todos sus planes, y una voluntad que por lo largo de la distancia, los paralizaba sin guiarlos. Talavera resumía completamente ese triste estado de cosas.

José, á quien llevaba hacia Madrid mas que

ron en orden. En cambio se dirá del ejército combinado que se defendió con bizarría, que rechazó varias veces al enemigo, que le cogió artillería, que mató tanta ó mas gente que la que perdió él, y que le obligó con su resistencia á levantar el campo. En una palabra, que ganó la batalla.

(N. del T.)